

Migrar:

un acto de ilusión



Carmen Fernández Casanueva realizó la maestría y el doctorado en el Departamento de Sociología de la Universidad de Essex, en Gran Bretaña. Actualmente es investigadora del Área de Sociedad Cultura y Salud de ECOSUR, en la Unidad Tapachula, y destacan sus estudios acerca de los diversos aspectos de las dinámicas migratorias en la frontera sur. Tiene un especial interés en visibilizar las facetas que no son tan notorias en el tema de la migración; un tema en el que nada es obvio.

Cuéntanos de ti, de tu infancia, de tus estudios...

Vivíamos en el Estado de México, en los suburbios del Distrito Federal, así que mi infancia fue muy típica de la ciudad. Estudié la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, y si bien fue una buena experiencia, no la repetiría si tuviera que volver a tomar la decisión; sin duda, lo mío es la sociología. Al terminar la carrera trabajé en una agencia de relaciones públicas, lo cual odié pues el ambiente de las agencias es muy esnob y uno debe consagrar su vida a que las empresas ganen dinero, así que renuncié. Según yo, me iba a dedicar a escribir. Cursé un taller literario y empecé a trabajar en una revista de divulgación llamada *Quo*; el tiempo que pasé ahí lo disfruté bastante. Hice reportajes sociales y entrevisté a muchas personas, entre ellas, algunos sociólogos, y eso me fue mostrando el camino. Había temas en los que quería profundizar más de lo que podía hacerlo en un reportaje, y en parte por eso me fui a Gran Bretaña a estudiar una maestría en ciencias sociales.

¿Por qué te fuiste del país?

Sentía una gran necesidad de irme a algún lugar, de cambiar de ambiente, en fin, era algo muy personal y muy fuerte. Todo sucedió en el momento justo; se conjuntó mi necesidad de irme, mis deseos de practicar el inglés en un lugar

Conversación con Carmen Fernández

que no fuera Estados Unidos, y el hecho de que ya tenía muy claro a qué quería dedicar mi vida.

Eras una migrante...

Sí, y el tema me interesaba desde hacía mucho tiempo. Siempre supe que quería hacer "algo" con la migración, tal vez por mi historia personal: crecí escuchando el relato de que mi abuelo llegó a México a los 14 años, en un barco proveniente de España, para "hacer la América", como se decía. Era *la gran historia* de la familia y me hacía pensar en cuál es el detonador que mueve a la gente a irse y empezar su vida en otro lugar. No todos los migrantes se mueven por cuestiones económicas; incluso los que se van por eso tienen otras motivaciones más ocultas.

Háblanos más de lo que mueve a los migrantes

Es una dinámica multicausal. Si hablamos de la gran masa de personas que migran por razones económicas, obviamente el dinero es una razón fundamental, aunque también se trata de una búsqueda de oportunidades y de un estilo de vida que ellos consideran mejor. Normalmente cuentan historias de éxito, no de lo malo que hubo en el camino o en el lugar en el que se establecieron. Es decir, se va alimentando la necesidad de algo nuevo: otro tipo de trabajo, mejor educación para los hijos... En el caso de las mujeres, cuando son de escasos recursos y no tienen muchos estudios, descubrimos que casi todas se van por problemas familiares: por abandono del esposo, porque sufrían maltrato o eran madres solteras. Digamos que es una combinación de: "Me voy, sacrificándome por mis hijos, y a la vez tomo un poco de distancia del conflicto". Todo esto no aparece en un primer plano; son razones que están más cubier-



tas y hay que escarbar para que se muestren. Las historias no siempre tienen un final feliz; no obstante, siempre hay una ilusión que mueve a las personas...

¿Son muchos los finales desagradables?

Hay de todo, pero los finales idílicos son muy difíciles. Quienes vienen huyendo de situaciones extremas, pueden volver a encontrarlas. Por ejemplo, las mujeres migrantes que aquí se emplean como trabajadoras sexuales, no tienen una situación de vida ideal; muchos de sus problemas anteriores se siguen reproduciendo. A pesar de todo, se adaptan... Su situación depende de varios factores: de dónde hayan venido, en dónde estén trabajando, si tienen documentos o no los tienen.

De manera muy general, ¿cómo es la dinámica migratoria en la frontera sur?

Es muy compleja. Hay movimientos poblacionales hacia afuera y hacia adentro de la región; gente que está de paso o medio de paso entre que se queda o no; movimientos intrarregionales (como de Chiapas a Villahermosa, o en Quintana Roo a la zona turística del área maya). También hay mexicanos que se están yendo del país, y centroamericanos que llegan y se quedan por las dificultades en



"Sabía hacer baleadas y aprendí a hacer quesadillas". Doña Miriam

el camino hacia Estados Unidos. Hay movimientos en todas las direcciones.

¿A qué te has enfocado?

Cuando terminé el doctorado entré a trabajar a ECOSUR, y aquí me he enfocado en las dinámicas de los hondureños que viven en Tapachula: por qué llegaron, cómo viven y trabajan, cómo se insertan en la sociedad, por qué deciden quedarse. Son migrantes que no aparecen en la nota roja, pero que están cerca de nosotros, viven y luchan por el día a día, y han establecido vínculos sustantivos con gente del lugar. Es un fenómeno que se intensificó en la década de 1990 y no está muy visibilizado, ya que se trata de gente común y corriente que no necesariamente ha sido víctima de violencia, no ha sufrido mutilaciones en los trenes, no ha padecido situaciones terribles en su tránsito. La intención, entonces, no es revisar la migración sólo desde los derechos humanos, sino mostrar la otra cara: cómo los migrantes viven las situaciones comunes, cómo se integran y cómo va cambiando la región con su inserción en la sociedad.

¿Cómo es la situación general de estos hondureños?

La realidad es que sufren mucha discriminación; hay xenofobia y racismo, sobre todo porque a las mujeres las identifican con el trabajo sexual y a los hombres con

asociaciones delictivas juveniles como los Maras. Casi no pueden insertarse en trabajos con buena remuneración y les resulta muy difícil obtener sus papeles; aún así deciden quedarse y se involucran con la ciudad. Tienen amigos mexicanos, pareja e hijos, y se van mezclando con la cultura chiapaneca. Se siente una presencia viva de ellos en lo subterráneo... Salvo que sean mujeres que trabajan en bares, a quienes todo mundo reconoce, los demás son personas que podrían pasar desapercibidas: el que atiende en el mercado, el que vende zapatos... El hecho de no tener papeles les resta fuerza, por ejemplo, no se atreven a decir: "Voy a abrir un restaurante de comida hondureña y voy a ganar bien".

Además, las políticas públicas se han enfocado a la población guatemalteca, ¿no es así?

Sí, y sobre todo, se trata de una política pública focalizada a cuestiones muy específicas, y que ni siquiera se lleva realmente a cabo. En cambio, las políticas tendrían que plantearse de manera integral; no se pueden centrar en que los migrantes tengan sus papeles en regla, sino revisar también una serie de situaciones, como que a sus hijos no los dejan inscribirse en las escuelas, o que a las mujeres muchas veces les niegan la posibilidad de dar a luz en los centros de salud, o que si no tienen documentos los amenazan

con no poder registrar a sus hijos. Habría no sólo que atender a los migrantes, sino sensibilizar a los funcionarios y a la población en general respecto a la riqueza cultural que aportan.

Mencionaste el trabajo de las mujeres en bares, ¿cómo es esa dinámica?

En la región que yo he estudiado, el Soconusco, según algunos informantes clave que hemos entrevistado, el 90% de las mujeres que trabajan en *tables* o bares son centroamericanas, y la mitad de ellas son hondureñas. Son las más discriminadas de los discriminados. No pueden llegar al Instituto Nacional de Migración a tramitar sus papeles porque trabajan en actividades ilegales y mal vistas, por lo que sufren mucho rechazo. En los centros de salud no siempre atienden sus padecimientos; sin embargo, están obligadas a acudir ahí cada semana para que se verifique que están sanas y no pueden contagiar enfermedades a sus clientes. En comparación con otros migrantes, son las que ganan mejor, pero su vida es muy difícil para ellas y para sus hijos.

¿Hay muchos niños migrantes?

Sí, hay muchos niños que migran solos, y claro, también con parientes. Para el trabajo agrícola, por lo general viajan con su familia, aunque últimamente están llegando muchos niños solos a emplearse en ingenios de azúcar, por ejemplo. También vienen o se van hasta Estados Unidos buscando a sus papás. En Tapachula, la mayoría de los niños que están en las calles con su "cangurito" –una caja de madera que se cuelgan en el cuello con dulces y cigarrillos para vender– son centroamericanos; también los pepenadores en los basureros y los boleros.

¿Cómo se dan las redes de apoyo entre los migrantes?

Las redes varían mucho. Entre los migrantes en tránsito, los apoyos son en información o compañía. Los que están

establecidos facilitan la llegada de sus conocidos; esto es muy reciente con los hondureños, pues los primeros que se establecieron en la zona, lo hicieron porque no pudieron seguir hacia el norte. En todos los casos son redes de apoyo muy informales, no como ocurre con las comunidades organizadas de migrantes mexicanos en Estados Unidos.

Proporcionalmente, ¿qué tan grande es la comunidad hondureña?

Es difícil saberlo con exactitud porque los registros corresponden a quienes tienen formas migratorias, pero podemos calcular que están en segundo lugar, después de los migrantes guatemaltecos; esto significa que el número de hondureños en Chiapas es considerable, sobre todo porque la migración guatemalteca es tradicional y hay bastantes lazos culturales entre Chiapas y Guatemala, relación que no es tan cercana con Honduras.

¿Regresan a su país?

Por lo general tenemos la idea del migrante que quiere volver a su patria, aunque no necesariamente es así. Para los hondureños no funciona la perspectiva de ir a otro país durante algunos años a juntar dinero y luego volver para hacer su casa o iniciar un negocio. En un proyecto que nos permitió acercarnos a 32 migrantes, sólo uno quiere regresar. Honduras es un lugar cada vez más violento y presenta pocas perspectivas de empleo; no es pacífico para vivir o criar hijos, así que el

objetivo realmente es salir de ahí. Eso no significa que no se sientan hondureños; se reconocen como tales y es un sentimiento muy fuerte. La mayoría mantienen cierta comunicación con sus familiares; algunos han ido a visitarlos, aunque no es tan fácil por cuestiones económicas o por carecer de documentos.

Háblanos más de tu proyecto

Realizamos entrevistas con 32 migrantes hondureños en Tapachula, y elegimos a ocho para dar seguimiento a sus historias de vida a través de fotografías. Parte del proyecto es entender la interacción con su nueva ciudad, así que debían describir su vida en Tapachula: con las imágenes representaban a las personas, lugares, actividades y objetos significativos. En el proceso nos compartieron mucha más información sobre ellos y sus razones para migrar, que lo revelado en las entrevistas previas. Luego, nosotros fuimos a Honduras a visitar a sus familias; les llevamos las fotos, y a su vez, ellos allá tomaron fotografías que nosotros trajimos a Chiapas; esto nos permitió comprender la dinámica transnacional entre ellos y sus familias.

¿Nos puedes hablar de algunas de estas historias de vida?

Hay un chico que tuvo una vida difícil en Honduras, en una colonia muy peligrosa. Era parte de una pandilla y luego decidió irse a Estados Unidos. Llegó a Chiapas y no pudo seguir el viaje. Ahora ya está

muy adaptado, aunque tal vez por no haber logrado su propósito, nunca quiso contactar a sus parientes. Mediante este proyecto de fotos, aceptó buscarlos después de muchos años, lo cual fue muy importante tanto para él como para su familia.

Hay otra señora –de gran calidad humana– que tiene nueve hijos y un compañero mexicano. Tenía una casa y sus documentos en regla, pero con el huracán Stan perdió todo, incluidos sus papeles, mismos que no ha vuelto a tramitar. Nos contó muchas historias de su familia. No eran garífunas, pero sí de origen africano, lo que le ha representado ser discriminada en Tapachula. Resulta que su familia en Honduras también había perdido su casa con el huracán Mitch...

¿Hay mucha población garífuna en Honduras?

Sí, sobre todo en la zona costera. Por cierto, en ese país ellos fueron los primeros en migrar: iban y regresaban de Nueva Orleans, trabajando en el transporte de plátano con la multinacional estadounidense United Fruit Company. Con ellos comenzó la migración internacional hondureña.}}

Laura López es técnica del Departamento de Difusión y Comunicación de ECOSUR (llopez@ecosur.mx).

ENTÉRATE



El origen de los garífunas –caribes negros o garinagu– data de la época colonial, cuando dos barcos españoles que cargaban esclavos de África chocaron cerca de la isla de San Vicente. Los pobladores negros que se quedaron en la isla se mezclaron con los nativos y se conformó el grupo de los garífunas. Posteriormente fueron expulsados por los ingleses que querían las tierras para sembrar cañas de azúcar, por lo que migraron a Honduras y se diseminaron por toda la costa atlántica de Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Su economía se ha concentrado en la pesca y la siembra, aunque actualmente también en la cría de ganado y venta de servicios, como comida, transporte y hospedaje en zonas turísticas. Además, los hombres se emplean en el corte y aserrío de madera y el embarque de banano.

Fuente: www.unesco.org.uy/phi